

ALBERTO
VÁZQUEZ-FIGUEROA



EL
Mar
de Jade

Juvenal y César han crecido a la sombra de su tío Feliciano, y de las fabulosas historias que les cuenta acerca de su larga estancia en el Sahara cuando era oficial de las tropas nómadas.

Criados en un mundo a caballo entre la realidad y una fantasía repleta de aventuras en las que se entremezclan el heroísmo, la amistad, el misterio y los amores perdidos, a la muerte de su tío deciden que la vida que él vivió es la única que merece la pena ser vivida.

Por desgracia, los acontecimientos les demostrarán que la realidad nunca es tan atractiva como una narración, y que los enemigos a los que habrán de enfrentarse nada tienen que ver con lo que Feliciano les había contado.

En esta apasionante y divertidísima novela, Vázquez-Figueroa demuestra una vez más hasta qué punto conoce África.

—Las musulmanas te conquistan con los ojos y las guineanas con los pechos. Las primeras se cubren de pies a cabeza y tan sólo el brillo de sus pupilas y el misterio de su mirada provocativa te hace comprender lo que sienten. Por el contrario, las guineanas van casi desnudas, y es su cuerpo y la forma de moverse lo que atrae como la miel a las moscas... —Soltó un hondo suspiro, como si recordara viejos tiempos, puso los ojos en blanco y concluyó—: Cuando has amado a una mujer en un oasis del desierto o al borde del mar en una playa del trópico, nada de cuanto suceda después vale la pena.

—¿Por eso no te has casado nunca?

—El listón estaba demasiado alto, renacuajo; dieciocho años en el Sahara y cuatro en la selva te marcan de una forma indeleble, hasta el punto de que cuando regresas a la monotonía de lo que llaman «civilización» la vida se te antoja insulsa, como si estuvieras cenando patatas sin sal.

Cuando el tío Feliciano hablaba de aquel modo, con una voz que parecía surgir del fondo de una mina y un tono sereno pero teñido de un profundo deje nostálgico, Juvenal y César permanecían como embobados, esforzándose por hacerse una remota idea acerca de las infinitas sensaciones que podía experimentar un ser humano tendido sobre una duna junto a una misteriosa beduina de inmensos ojos negros.

Juvenal Ojeda Rodríguez, más conocido por el apodo de Caragato, extraído de una serie de novelas que le habían apasionado de niño, y Ave César Rodríguez Ojeda, su primo hermano por partida doble, habían pasado la mayor

parte de su infancia y juventud a la sombra de un misterioso personaje al que consideraban único e irrepetible, y que les enseñaba que la vida, la que verdaderamente merecía la pena ser vivida, no era la que se desenvolvía a diario a su alrededor, sino la que transcurría sobre las calientes tiaras de un continente fastuoso que cada amanecer podía traer una nueva sorpresa y cada noche una pasión irrepetible.

Su tío les enseñó de igual modo a disfrutar con la lectura de fascinantes libros que hablaban de hombres valientes que no dudaban a la hora de enfrentarse a la naturaleza más adversa, a fieras peligrosas o a traidores desalmados, porque según el antiguo oficial «meharista». Feliciano Rodríguez Corcuera, únicamente aquellos que no vacilaban a la hora de ponerse en peligro en aras de una causa justa merecían ser considerados auténticos hombres.

—Lo que nos diferencia de las plantas es nuestra capacidad de sacrificio... —Solía decir con aquella voz serena y grave—. Un árbol jamás se expondrá a que lo talen por defender a un arbusto, ni una lechuga se ofrecerá como alimento a una cabra a cambio de que no devore a una rosa por muy hermosa que ésta sea. Un hombre sí; un verdadero hombre siempre debe estar dispuesto a arriesgar la vida por defender al más débil o preservar la hermosura.

Escuchar tales palabras de un adulto al que admiraban —y adoraban— desde que tenían uso de razón, les obligaba a aceptar que las cosas eran, o al menos tenían la obligación de ser, tal como su tío Feliciano aseguraba.

Una existencia sin continuas muestras de valor, de compasión, de principios éticos o generosidad, no era digna de quienes al parecer llevaban en las venas sangre del más valiente, compasivo, recto y generoso de los héroes de la historia nacional, el incomparable capitán Alonso de Ojeda, descubridor de las costas de Colombia y Panamá, y el mejor espadachín de que se tenía memoria en los anales del Descubrimiento y la Conquista.

Lo cierto es que nadie podría asegurar, sin miedo a equivocarse, que Juvenal y César fueran o no descendientes del bien llamado «Caballero de la Virgen», pero el hecho de que hubiesen nacido y se hubieran criado en Cuenca, aunque con casi quinientos años de diferencia, permitía a los muchachos hacerse la ilusión de que realmente existía algún vínculo familiar más o menos directo.

No obstante, el personaje predilecto del tío Feliciano nunca había sido el famoso espadachín conquense; el Adelantado que exploró en primer lugar las costas colombianas, sino el gallego de La Coruña que le acogió y protegió como a un hijo desde el momento mismo en que, recién salido de la academia militar, puso el pie en el desierto.

Si la estrecha relación del tío Feliciano con el mítico «Caíd Manolo» y cuanto solía contar sobre sus fabulosas correrías entre las tribus beduinas respondían a una realidad incuestionable, o gran parte de sus historias eran fruto de la exageración o de haberlas escuchado de otras fuentes, tampoco podía asegurarlo nadie sin miedo a equivocarse, pero lo cierto era que cada vez que mencionaba a su adorado capitán y maestro se le saltaban las lágrimas o se le hacía un nudo en la garganta.

—Cuando Manolo llegó, a finales de los años veinte y como simple mecánico, al puesto militar de Tarfaya o cabo Juby, en lo que constituía entonces el Protectorado Español del Sahara, nuestras tropas apenas podían abandonar los límites del fuerte militar, puesto que la mayor parte de las tribus indígenas se mostraban hostiles —puntualizaba en cuanto se le presentaba la menor ocasión de hablar de su héroe particular—. Cualquier otro se hubiera limitado a dejar pasar el tiempo de la *mili* aguardando la llegada de la licencia, pero Manolo era un hombre excepcional, por lo que de inmediato se propuso aprender el dialecto de los nativos porque hacía tiempo que se había dado cuenta de que poseía un don especial para los idiomas.

—¿Y eso cómo se consigue...? —inquirió en cierta ocasión y con un interés que casi rozaba la ansiedad Ave César Rodríguez Ojeda.

—Un don, como la misma palabra indica, es algo que la naturaleza te ha dado. No se puede adquirir en la universidad, ni tan siquiera en El Corte Inglés, donde al parecer venden de todo. Al Caíd Manolo le había sido concedido ese don, junto a sus otras muchas virtudes, y supo hacer buen uso de él, porque en poco más de un año dominaba la *hasanía* como si fuera su lengua materna.

—¿Tan sólo un año?

—Eso cuentan.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Ave César—. Yo llevo seis años con el inglés y aún no me aclaro.

—Es que tú eres una acémila y aunque te cueste creerlo, cuando conocí a Manolo ya hablaba correctamente el dialecto tuareg, así como árabe y francés, sin contar la *hasanía*, que era como su segunda lengua. Y como además tenía el pelo muy negro y la piel cetrina, no dudaba en disfrazarse de beduino e internarse en el desierto con el fin de mezclarse entre los nativos.

—¿Y nunca lo descubrieron? —Quiso saber un incrédulo Caragato—. Por muy bien que se hable un idioma y se conozcan las costumbres, siempre hay pequeños detalles que te delatan.

—En efecto... —admitió sonriendo enigmáticamente su tío—. En una ocasión lo descubrieron por culpa de uno de ellos. Como era muy mujeriego se había enredado con una nativa que en mitad de la noche, y en el momento más inoportuno, empezó a gritar: «¡Un cristiano! ¡Un cristiano!». Y cuando Manolo le preguntó cómo lo había averiguado, ella contestó: «Porque no tienes hecha la circuncisión». Estaba claro que aquella mujer se fijaba mucho en esos «pequeños detalles».

—¿Y no le hicieron nada?

—El jefe de la tribu, el Caíd Salah, uno de los guerreros más valientes y respetados del Protectorado, que por si fuera poco era tío de la indiscreta muchacha, lo hizo prisionero y le aseguró: «Te voy a cortar la cabeza por espía y se la voy a enviar a tu coronel clavada en una pica». A lo que Manolo, que era un descarado que siempre tenía una frase ocurrente en los labios, replicó: «Pues me va a echar una bronca del copón y me va a meter un mes de calabozo, porque estoy aquí sin permiso».

—¡Mentira...!

—Eso es lo que me han contado ya que por entonces yo aún no había llegado al Territorio. Por lo que se ve, debe de ser verdad, porque al Caíd Salah le hizo tanta gracia el sentido del humor de alguien que se encontraba a las puertas de la muerte que le perdonó la vida, lo obsequió con una gran fiesta y le permitió regresar a cabo Juby. Efectivamente, el coronel «le echó una bronca del copón», y aunque no lo metió en el calabozo, le quitó los galones de sargento que ya se había ganado y lo envió de nuevo a reparar coches.

—Lo que debería haber hecho era ascenderle —comentó Ave César evidentemente molesto—. No me parece justo que lo degradaran cuando se tomaba tanto interés por las cosas.

—Las normas del ejército están para ser cumplidas —fue la tajante respuesta de quien todavía conservaba mucho de su viejo espíritu militar—. No se puede permitir que a todo aquél al que le entre el gusanillo se largue al campo enemigo a intentar ligar con una muchacha nativa.

—¿Y por qué no?

—Porque de ser así no quedaría un solo soldado con vida; cuando llevas dos meses en el desierto la naturaleza exige demasiado, y todo el mundo saldría en busca de una muchacha.

—¿Te ocurrió a ti? —quiso saber Caragato.

—Ahora estamos hablando de Manolo, no de mí... —lo atajó su tío—. Perdió sus galones y continuó con los coches, pero las cosas cambiaron cuando a los pocos meses la tribu del Caíd Salah se presentó ante el fuerte pidiendo parlamentar con el «Caíd Manolo». Como es lógico, se organizó un tremendo revuelo porque era la primera vez que los beduinos se aproximaban en son de paz, y nadie sabía quién era aquel misterioso «Caíd Manolo», hasta que de pronto a alguien se le ocurrió que tal vez se trataba de Manolo, el mecánico, que al rato salió cubierto de grasa, pese a lo cual los nativos lo recibieron con gritos de admiración y alegría, disparando al aire sus espingardas.

—¿Sus qué?

—Sus espingardas.

—¿Y qué demonios es una espingarda?

—Un fusil de cañón muy largo y culata muy corta con el que un beduino es capaz de volarte la cabeza a quinientos metros de distancia. Tienen una puntería endiablada, aunque ninguno de ellos pudo competir nunca con Manolo, al que un día le vi matar cuatro gacelas de un mismo rebaño a más distancia que de aquí al roble del final del camino.

—¿Y cómo pudo matar cuatro gacelas de un mismo rebaño sin que se asustaran y echaran a correr perdiendo el culo? —Inquirió, hasta cierto punto amoscado, un incrédulo Caragato—. ¿Acaso eran sordas o es que estaban atadas?

—Ni eran sordas ni estaban atadas, sobrino zangolotino. Pastaban libres y bien libres en mitad del desierto.

—¿Y ese milagro?

—¡No se trató de ningún milagro, caragatocaraculo! —Replicó severamente su tío—. Se trató de astucia y sabiduría, porque como ya os he contado muchas veces, formábamos parte de un cuerpo de élite, «La Mía a Camello», que era una especie de Policía Montada del Canadá, pero sobre dromedarios. Cuando patrullábamos por el desierto, una de nuestras principales obligaciones era proporcionarle carne a la tropa del fuerte, puesto que por entonces en el Te-

ritorio aún abundaban las gacelas, los venados, las avestruces y los jabalíes. Normalmente no teníamos grandes problemas de abastecimiento siempre que fuéramos capaces de encontrar las piezas en la inmensidad de la llanura. —Alzó el dedo índice para remarcar—: Pero era más problemático acercarse a ellas y abatirlas sin que, como tú mismo acabas de decir, «echaran a correr perdiendo el culo».

—¡Lógico!

—¡Muy lógico, en efecto! Pero el Caíd Manolo, que también era muy lógico, llegó a la conclusión de que las gacelas no se asustaban de un disparo debido a que no eran capaces de asociar la idea de ese ruido con un arma y una invisible bala que surcaba el aire para matar a una compañera. —Sonrió levemente al inquirir—: Supongo que estarás de acuerdo conmigo en que para llegar a la conclusión de que una bala ha matado a quien está a tu lado, es necesario que previamente te hayan enseñado en qué consiste una bala y cómo funciona un fusil, ¿o no?

—Naturalmente... —aceptó de mala gana el mayor de sus sobrinos, Juvenal, un tanto molesto por la obviedad de la pregunta—. ¿Pero cómo es que no las espantaba el estampido?

—Porque probablemente lo atribuían a un trueno lejano o una roca que se había partido por efecto del calor, lo cual constituye un fenómeno bastante frecuente en un desierto donde la diferencia de temperatura entre las heladas nocturnas y los cincuenta y tantos grados del mediodía propicia que las rocas estallen de improviso.

—¿Y hacen tanto ruido como un disparo de fusil?

—¡No me seas bruto, papanatas! —Le espetó su tío con brusquedad—. Se reduce a una simple cuestión de distancias y atención: una roca que se parte a cinco metros hace el mismo ruido que un disparo a trescientos, pero las gacelas no suelen estar atentas a las distancias, sino tan sólo a los olores y los movimientos sospechosos. Continuamente ventean el aire por si les llega el olor de un depredador, y

permanecen muy atentas por si se aproxima sigilosamente un guepardo.

Sí, eso ya lo he visto en los documentales; a cada instante levantan la cabeza.

—Lo hacen por instinto. Su cerebro está programado para asociar la idea de peligro al olor o el movimiento, no al ruido. Por eso Manolo las cazaba una tras otra sin mover un músculo. —El tío Feliciano lanzó un profundo suspiro, al parecer para subrayar la magnitud de su admiración—: ¡Resultaba fabuloso observar cómo se aproximaba arrastrándose como una serpiente, siempre contra el viento, y cómo disparaba a ras de suelo, para a continuación quedarse tan quieto como una estatua hasta que las gacelas volvían a pastar, despreocupadas de la que había caído a tres metros de distancia!

Cuando no hablaba del Caíd Manolo, de los hermosos años en que vagabundeaban por el desierto a lomos de un brioso mehari, o de sus posteriores años en las selvas del África Negra, el tío Feliciano solía hablar de libros, películas de aventuras o documentales relacionados con la naturaleza, con lo que había transmitido a sus sobrinos su desmesurada pasión por todo cuanto tuviera que ver con la acción al aire libre.

Su libro de cabecera era *Beau geste*, de P. C. Wren, que se sabía casi de memoria y ocupaba un lugar preferente en su mesilla de noche, aunque no permitía que nadie lo tocara debido a que guardaba entre sus páginas una vieja fotografía y una carta que solía releer una y otra vez. Eso había despertado desde siempre una morbosa curiosidad en César y Juvenal.

Desde muy niños, los dos primos especulaban sobre la existencia de un extraño y evidentemente doloroso secreto que conseguía que se le humedecieran los ojos a un hombre que había sabido enfrentarse a mil peligros, incluida

una guerra en pleno desierto. No obstante, de un modo instintivo habían llegado a la conclusión de que la especial relación que mantenían con su tío Feliciano no seguiría siendo la misma si intentaban averiguar sin permiso cuál era el contenido de aquel amarillento sobre, o quién aparecía retratado en la vieja y descolorida fotografía.

En el fondo les fascinaba el aire de misterio y secretismo que se respiraba en el dormitorio donde solía recibirlos, porque lo cierto era que durante sus últimos años en África el corazón de Feliciano Rodríguez Corcuera se había resentido por culpa de las fiebres, las infecciones, el calor y el excesivo esfuerzo.

Debido a ello, en ocasiones pasaba largas temporadas sin abandonar un mullido lecho frente a un enorme ventanal desde el que disfrutaba de una portentosa vista sobre el cauce del río Huécar y el puente de hierro.

La luminosa estancia, tres veces mayor que un dormitorio normal, se encontraba dominada por una cama de matrimonio provista de un cabezal que databa del mil seiscientos, así como por una maciza mesa de despacho frente a la que su dueño solía sentarse a tomar notas o apuntar recuerdos en gruesas libretas que más tarde guardaba bajo llave.

La alta pared del fondo la ocupaba una espaciosa biblioteca repleta de novelas y películas relacionadas con el mundo de la aventura, y podía creerse que el antiguo oficial «meharista» sería capaz de pasarse el resto de su vida sin poner un pie fuera de aquella habitación donde había conseguido reunir todos sus sueños y recuerdos.

Cuando sus sobrinos querían saber más sobre la apasionante vida y las aventuras de su ídolo, el Caíd Manolo, les mostraba viejas fotografías de ambos, lo que tenía la virtud de hacer que una leve sonrisa nostálgica asomara a sus labios mientras hablaba.

—Al comprobar la amistad que unía a los dos caídos, pese a que uno de ellos fuera un astuto gallego dedicado a

reparar automóviles y el otro un ignorante nómada criador de camellos, el coronel comprendió que semejante relación facilitaría la labor de pacificación que le había sido encomendada por sus superiores, por lo que le preguntó a Manolo qué podría hacerse para que los beduinos dejaran de mostrarse tan hostiles... —continuó su relato una tibia tarde de primeros de verano—. Y Manolo le respondió que, a su modo de ver, lo que más atraía a los nómadas era la idea de tener una ciudad que les sirviera de punto de reunión para comerciar, celebrar fiestas y concertar matrimonios que aportaran sangre nueva a las diversas tribus.

—Siempre he creído que los beduinos aborrecen las ciudades —señaló un desconcertado Caragato.

—No las aborrecen... —Fue la rápida respuesta—. Es cierto que no les gusta vivir en ellas, pero comprenden su utilidad, y en este caso particular las tribus del Protectorado se sentían como desamparadas desde que Smara, la ciudad santa fundada siglos atrás por el famoso «Sultán Azul», Ma el-Ainin, se perdiera tragada por la arena.

—¿La arena puede tragarse a toda una ciudad...? —se asombró Ave César, incrédulo.

—Y a todo un continente, pequeñazo —replicó Feliciano Rodríguez Corcuera, seguro de lo que decía—. La mayor parte del espacio que ocupa hoy en día el Sahara era, hace miles de años, un auténtico vergel de bosques y praderas habitado por miles de elefantes, cebras, jirafas, búfalos y leones. Smara desapareció en menos de una semana por culpa de un *harmatán* especialmente violento que la cubrió bajo inmensas dunas, y que incluso borró las pistas que conducían a ella.

—¡La puta...!

—¿Qué forma de hablar es ésa en mi casa, mentecato? Que no se repita o te arreo un sopapo que te salto las muelas. ¿Por dónde iba?

—El Caíd Manolo le había asegurado al coronel que a los beduinos les gustaría tener una ciudad.

—¡Exacto! Y en vista de ello, el coronel le pidió que buscara un lugar que dispusiera de agua y fuera apropiado para levantar un zoco que sirviera de base a una ciudad. A los tres días Manolo se lanzó, sin más compañía que Mohamed, hijo del Caíd Salah, dos soldados españoles y tres nativos, a la arriesgada aventura de fundar una ciudad en pleno desierto. —El tío Feliciano, que tenía el marcado sentido del ritmo que requieren los buenos relatos, hizo una pausa, se sirvió un refresco, bebió muy despacio disfrutando de la impaciencia de los muchachos, y por fin prosiguió—: Tras varios meses de inspeccionar con todo detalle la región, eligieron un punto en mitad del cauce de un río seco, la Saguía el-Hamra, en el que abrieron un pozo del que muy pronto comenzó a manar gran cantidad de agua de muy buena calidad.

—¿Y cómo podían saber que en aquel punto exacto había tanta agua? —Inquirió en su habitual tono de incredulidad el menor de los primos—. El Sahara es inmenso.

—Lo es, en efecto... —admitió el exmilitar—. Pero pese a que los estudios y sondeos no habían dado el resultado apetecido, un día Manolo descubrió dos «plantas sabias» a menos de cien metros la una de la otra, lo que le indicó de forma inequívoca que a mitad de camino entre ambas había agua.

—¿Qué es una «planta sabia»?

Un arbusto bastante escaso y difícil de diferenciar del resto de los que crecen en zonas secas. Pero si eres capaz de distinguirlo, puedes estar seguro de que a unos cincuenta metros de distancia hay agua a menos de tres metros de profundidad.

—¿Y por qué lo llaman «planta sabia» si crece tan lejos del agua? —Se sorprendió quien había hecho la primera pregunta—. ¡Deberían llamarlo «planta estúpida»!

—La planta es sabia porque le consta que muchos animales del desierto pueden oler el agua a esa profundidad;

al escarbar en su busca lo primero que harían sería arrancar la planta y por lo tanto matarla.

—Suenas lógico.

—¡Y lo es! Por eso optan por crecer a cierta distancia y extender bajo tierra sus raíces, de modo que en el peor de los casos el animal destroce únicamente las puntas de las raíces, que pronto volverán a crecer. La planta demuestra ser muy inteligente y tú bastante burro, porque lo que harías es sentarte encima del agua, con lo que la primera hiena que acudiera a beber te comería el culo.

—No se lo comería porque ya lo habría perdido corriendo en cuanto viera aparecer la hiena... —señaló Juvenal Ojeda riendo de buena gana.

—¡Pues anda que tú te ibas a quedar a olerle el aliento! —Replicó amoscado su primo—. Y las hienas no me dan miedo. Todo el mundo sabe que no atacan.

—¡No te fíes...! —Le advirtió su tío—. En cierta ocasión conocí a un nómada al que se le había quedado el pelo blanco en el transcurso de una sola noche. Lo había atacado una hiena rabiosa, y como no tenía con qué defenderse, lo único que pudo hacer fue agarrarla por la cola porque sabía que las hienas son cojitranca y no pueden morder a quien las agarra por la cola. El pobre hombre se pasó toda la noche dando vueltas y esquivando las dentelladas del animal hasta que al amanecer, ya agotados los dos, se fueron cada uno por su lado.

—A mí me ocurre eso y me come —reconoció con encomiable sinceridad Ave César, y añadió—: ¿Qué pasó con el pozo que abrió Manolo?

—Que impuso una ley: todo el que quisiera dar de beber a su ganado tenía que traer piedras y aportar un día de trabajo en la construcción del zoco, mientras él ponía de su bolsillo el té y el azúcar que tomaban durante los descansos. Cuando el zoco estuvo terminado, el capitán general de Canarias acudió a inaugurarlo y le preguntó cuánto había costado una obra tan bien hecha. Manolo apuntó en un

papel: «Por el té y el azúcar consumidos durante la fundación de la ciudad de El Aaiún, quinientas pesetas».

—¿Pero El Aaiún no es ahora la capital del desierto?

—En efecto; es una ciudad preciosa, pero casi nadie sabe que la fundó un gallego de La Coruña que se apellidaba como tú y yo: Rodríguez.

—¿Pariente nuestro?

—Supongo que no, pero cuando llegué a Tarfaya, Manolo me vio tan joven y despistado que desde el primer día me llamó «sobrino», me tomó bajo su protección y me enseñó parte de lo que sabía. ¡Fue el hombre más increíble que ha existido nunca!

—¿Y cómo es que nadie se ha decidido a escribir su biografía? —quiso saber Caragato.

—Se ha escrito mucho sobre él, pero no creo que nadie tenga datos suficientes como para una biografía. Aunque a mi modo de ver se la merece más que nadie, porque fue una especie de Lawrence de Arabia, pero en pacífico.

—¿Y por qué no lo haces tú? —insistió el muchacho.

¿Yo? ¡Qué estupideces se te ocurren, cagarruta! En primer lugar, y aunque conservo infinidad de notas y apuntes sobre el tiempo que pasamos juntos, no tengo ni la menor idea de cómo se escribe un libro. Y en segundo lugar, lo admiraba tanto que supongo que más que una biografía lo que me saldría sería una elegía, y no creo que eso le gustara. A Manolo no le gustaba que hablaran de él; ni bien ni mal.

—Si me dieras esos datos yo podría intentarlo... —señaló con cierta timidez su sobrino mayor.

Feliciano Rodríguez Corcuera torció levemente la cabeza para observarlo con más atención, y tras esbozar una leve sonrisa inquirió:

—¿Te atreverías?

—¿Qué pierdo con intentarlo?

—Nada. Pero hay algo que debe quedarte muy claro: para entender al Caíd Manolo tienes que entender lo que